

norama cultural con los logros más recientes, con las conquistas más señaladas de la ciencia y el pensamiento contemporáneos, ha considerado necesaria la publicación del discurso de don Alfonso Reyes, al tomar posesión de la presidencia de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, el 17 de mayo de 1957. Aunque ya había aparecido en *Cuadernos Americanos* y en las *Memorias de la Academia*, se requería sin embargo, que fuera presentado de una manera especial, más accesible.

Esta reimpresión, que se suma a los múltiples homenajes póstumos dedicados a Reyes, nos permite otra vez entrar en contacto con una de las mentes más lúcidas, más fecundantes de nuestro tiempo. El discurso no es sino una breve y espléndida síntesis de la problemática y las exigencias actuales de la lingüística. Las nuevas rutas de esta ciencia se inician a partir de la concepción de una teoría de la lengua y de una "intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de forma simbólicas". Se ha promovido un examen sistemático y exhaustivo del lenguaje y de sus modos de existencia, para despojarlo gradualmente de las implicaciones esotéricas en que lo sumergían la metafísica y las reglas de las academias.

La lingüística ha progresado con firmeza, impulsada sobre todo por la cooperación internacional (tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas), que le ha permitido "en fecha todavía cercana ser admitida como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y lo que es más se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje". Por supuesto, no se implica en tal afirmación, la standarización matemática del acto creativo ni la reducción a sus últimos términos científicos de todo proceso literario. Pero "se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según sus procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva".

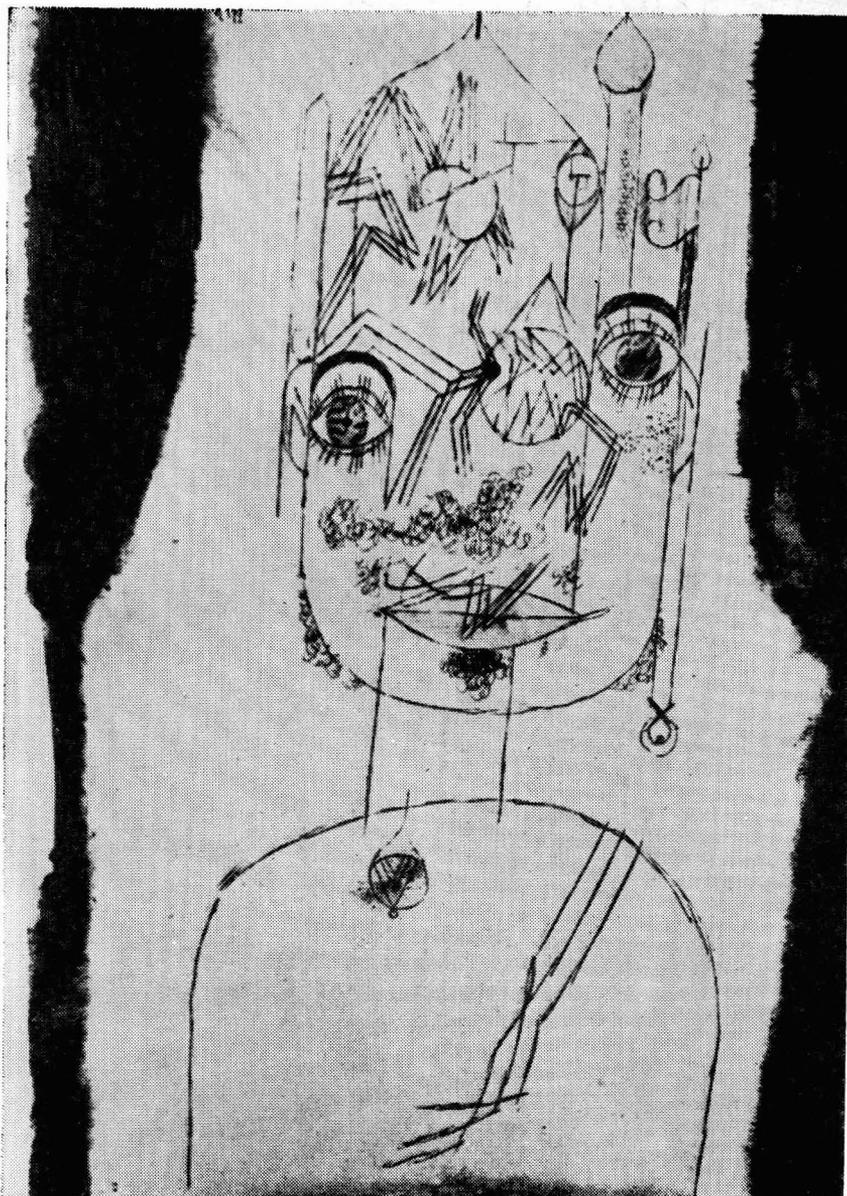
De esa manera, la lingüística histórica y comparada, ha venido a revisar íntegramente la gramática tradicional. La ciencia, "el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas y el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas" han servido inesperadamente al estudio de la lingüística.

C. M.

EMILIO GARCÍA RIERA, *Medio siglo de cine mexicano*. *Artes de México* N° 31, México, 1960.

HE AQUÍ un desfile de fantasmas, una inmensa galería empedrada de buenas intenciones; cincuenta años de ensayos de respiración, algunos vagidos, algunos movimientos enérgicos, agonía lenta y gritos estridentes y poderosos. El breve resumen de cincuenta años de historia del cine mexicano se reduce a eso. La autopsia revelará que, a pesar de algunos órganos en perfecto estado, el organismo, consumido por anemia perniciosa, no pudo resistir.

Para los lectores de la *Revista Universidad de México* y del Suplemento de



Novedades, Emilio García Riera es un perfecto conocido. Único crítico sistemático con que cuenta el cine en México, es también de los pocos que trabajan no por intuición sino sólidamente documentados, de los pocos que conocen la historia del cine despojada de sus anécdotas, picantes o sin sabor, o que saben darles un sentido; cuando, como García Riera, se reconoce al cine una categoría de medio de expresión y se le estudia en relación con otras manifestaciones de tipo estético y social, la crítica se lleva a una actividad tan seria como puede serlo la literaria, la musical o la histórica.

¿Por qué en México, a pesar de contar con los elementos técnicos suficientes, a pesar de que el costo de producción es de los más baratos del mundo, a pesar de que entre los escritores, poetas, argumentistas, directores, ha habido y hay quienes quieran dignificar la expresión cinematográfica, se ha envilecido a tal punto su naturaleza?

En esta rápida visión, se pone de manifiesto la mediocridad crónica de nuestro cine, su repugnancia a todo lo que signifique algo más que dinero rápido, su pertinaz empeño en mutilar la libertad de expresión. Apenas algunos nombres de realizadores, de productores, de películas, sobresalen en la inmensidad desoladora de ese desierto que es nuestro cine: Luis Buñuel, Emilio Fernández, Julio Bracho, Alejandro Galindo...

Una de las razones de la situación es la política corporatista de los sindicatos; otra, que comparte responsabilidades con

la anterior, es la estructura de monopolio voraz sobre la que trabaja la industria cinematográfica. En menor grado influyen la incultura general cinematográfica, no sólo entre los "realizadores" y "argumentistas", sino entre el público mismo a quien se alimenta a base de chismes, de crítica mala y pagada, de revistas consagradas al culto a la personalidad estelar; la ausencia de cine-clubs bien organizados; la carencia absoluta de una cinemateca.

La dificultad fundamental que se ofrece para hacer la historia del cine mexicano radica no sólo en la ausencia de referencias históricas sino sobre todo en la falta de material. Porque ¿con qué objeto se traza la continuidad de la producción mexicana, si no se han de reseñar sino cintas de "Viruta y Capulina", de "Tin-Tan", melodramas rancheros o films "pornomoraes"? El trabajo de García Riera es tanto más meritorio cuanto que ha superado la ausencia de documentos, de cinemateca y de revistas especializadas mexicanas. Ha sabido seguir la pista de obras interesantes y esporádicas y ha logrado establecer una filmografía del cine nacional que nadie ha hecho hasta ahora. Con auténtico sentido crítico ha puesto en su sitio a cada autor y a cada obra, es decir, sobrepasar la enumeración cronológica para descubrir la significación de las obras y medir las intenciones de los realizadores, entre los cuales se destaca sin duda Luis Buñuel, casi cuarenta años después de Salvador Toscano.

M. M.